Alain Badiou

Observaciones sobre la desorientación del mundo

PENSAMIENTO HERDER

Table of Contents

Portada
Créditos
Índice
Observaciones sobre la desorientación del mundo
1. Síntomas de las enfermedades contemporáneas
2. El concepto de orientación
3. Dos ejemplos llamativos de desorientación
4. La obsesión negativa: de la diferencia radical entre reivindicación en el ámbito sindical y acción de clase en el ámbito político
5. Una desorientación singular: el feminismo contemporáneo
6. Desorientación lateral: la religión ecológica
7. La desorientación de la educación
8. Sobre la palabra laicismo, convertida en desorientación educativa e impostura ideológica
9. Las dialécticas de la ideología dominante
10. A modo de conclusión
Información adicional

Alain Badiou

Observaciones sobre la desorientación del mundo

Traducción de
Guillem Usandizaga

Herder

Título original: Remarques sur la désorientation du monde
Traducción: Guillem Usandizaga
Diseño de la cubierta: Dani Sanchis
Edición digital: José Toribio Barba

© 2022, *Éditions Gallimard, París*
© 2025, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5136-2
1.ª edición digital, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

Observaciones sobre la desorientación del mundo

1. Síntomas de las enfermedades contemporáneas

2. El concepto de orientación

3. Dos ejemplos llamativos de desorientación

4. La obsesión negativa: de la diferencia radical entre *reivindicación* en el ámbito sindical y *acción de clase* en el ámbito político

5. Una desorientación singular: el feminismo contemporáneo

6. Desorientación lateral: la religión ecológica

7. La desorientación de la educación

8. Sobre la palabra *laicismo*, convertida en desorientación educativa e impostura ideológica

9. Las dialécticas de la ideología dominante

10. A modo de conclusión

Observaciones sobre la desorientación del mundo

Este ensayo se dirige principalmente a todos aquellos a quienes deja perplejos —en cualquier caso, desde la irrupción de la pandemia— el desorden evidente del mundo contemporáneo, su complejidad y sus múltiples dificultades, sus pretensiones vanas, sus anuncios sin consecuencias, sus graves problemas no reconocidos y muchos otros detalles oscuros. En cuanto al método utilizado y a los objetivos que persigo, quizá es necesario que el lector lea en primer lugar la conclusión (el capítulo 10) como si fuera una introducción, y la lea por segunda vez, después del resto del libro, en su papel de conclusión. Dicho esto, empiezo.

1. Síntomas de las enfermedades contemporáneas

Desde la pandemia, y de alguna manera bajo la bandera de la Covid-19, no se habla más que de una «situación crítica», de «capitalismo en crisis» y de «impotencia de los gobiernos», que, aprovechándose de esta tormenta planetaria (o sufriéndola, es una variación que se oye a menudo), serían los actores y los directores de teatro de una novedad histórica bien desagradable, a la que en casi todas partes llaman «liberalismo autoritario».

Contra esta enfermedad política, convendría encontrar una dosificación aceptable entre la firmeza republicana (que se debe alzar especialmente contra una desastrosa invasión de los llamados «migrantes») y la protección de «nuestras libertades», a las que atacan frontalmente —y solo son dos ejemplos— la imposición, por otro lado, demasiado tardía, de la mascarilla, o, peor todavía, la hipócrita exigencia de una vacunación que «todo el mundo» sabe que es turbia, al menos desde las sólidas intervenciones del epidemiólogo Didier Raoult. ¿Piensa el lector que un inyectado o una inyectada (feminismo obliga) en el brazo izquierdo, con una mascarilla azul —o incluso negra— en la cara puede ser un hombre o una mujer libre, republicano/a y consciente del peligro que representa el «tsunami musulmán»? Claro que no. Es una víctima, reconocible a gran distancia, tanto en el tiempo como en el espacio, del «liberalismo autoritario». Si nos damos cuenta, a lo que se reduce hoy en día el liberalismo occidental es a dejar que campe por las calles una masa de inmigrantes, millones de musulmanes, prácticamente incontrolable.[1] Y, sin embargo, al mismo tiempo, se les pone a todos los ciudadanos honrados una mascarilla horrorosa en la cara y una dosis de Covid en el hombro: es por esas dos prácticas como reconocemos inmediatamente que este «liberalismo» es radicalmente «autoritario».

Las reacciones contra la funesta política de los gobiernos engendrados por el «liberalismo autoritario» son muy variables. Pueden distinguirse, como mínimo, cuatro tendencias —desgraciadamente

(para ellas)— hasta cierto punto irreconciliables, aunque a veces las vemos manifestarse juntas. Volveré sobre ello. Tenemos, pues, en primer lugar, a los verdaderos demócratas, para los que la libertad individual va antes que cualquier otra cosa, especialmente, claro está, la muerte de los que son más pobres que ellos. En segundo lugar, tenemos a los nacionalistas auténticos, a veces furibundos, pero maravillosamente nostálgicos de la gran Francia, la de Pétain y las guerras coloniales. En tercer lugar, tenemos a los liberales clásicos, es cierto que a veces corrompidos, pero fieles guardianes de la única economía válida, la que proclama, desde el siglo XVIII: «Dejad que el dinero actúe, dejad que circule». En cuarto lugar, tenemos una especie de neoizquierdismo, maduro desde hace unos diez años, cuya máxima es «Criticad siempre, actuad en masa y no propongáis nunca nada».

En los márgenes encontramos a quienes, si bien critican sin piedad a los gobiernos occidentales y su política capitalo-imperialista, juzgan que el liberalismo autoritario es una designación ideológica históricamente engañosa y políticamente muy débil. Los que la utilizan comparten de hecho, con el gobierno al que creen criticar, tanto su ideología reactiva como una sorda hostilidad contra el único acontecimiento político que sería capaz de cambiar la situación de las *politicastrias* contemporáneas: un renacimiento del comunismo, o más bien —lo sé, porque pertenezco a este margen— un tercer nacimiento.

Examinemos, en primer lugar, las cuatro variantes *oficiales* del distanciamiento, durante la tormenta pandémica, respecto al «liberalismo autoritario». Comparten la participación en las elecciones, o al menos la ausencia de crítica a su existencia (creo poder demostrar que no hay que participar *nunca* en estas ceremonias de perpetuación de la servidumbre), y también, es un poco lo mismo, la convicción de que la política viene a ser en lo esencial criticar al gobierno y exigir su cambio, cuando, en el mundo tal cual es, un gobierno, sobre todo *democrático,* no es nada más que el encargado del trabajo sucio de una oligarquía dominante.

Empecemos por el grupo de los «verdaderos demócratas». Algunos, fieles valedores de nuestras «democracias occidentales», piensan que para avanzar primero hay que demostrar que los promotores de la pandemia fueron los chinos, autoritarios sin ser de ningún modo liberales. El virus de la Covid-19 vino de Wuhan, esa es la primera etapa mental hacia una auténtica democracia liberal: un poco de firmeza, ¡qué demonios!, hacia los países aferrados a antiguallas autoritarias procedentes del odioso comunismo. No hay libertad ni

seguridad sin una postura firme a nivel planetario. No nos olvidemos nunca de los uigures. En Francia, la formulación es «La democracia y el laicismo deben defenderse en todas partes». Desde luego, hace falta un poco de igualdad, un poco menos de multimillonarios arrogantes, pero sobre la ideología democrática no hay compromiso posible. ¡Antes la guerra! Incluso Biden, rodeado de una *izquierda* demócrata, está al fin y al cabo más preparado para la guerra con China que Trump, que todavía estaba enredado en una ensoñación solipsista, un desprecio tranquilo, típicamente yanqui, hacia todos los demás Estados.

Sin embargo, podríamos decir que, para esta corriente, el poder establecido, por ejemplo, el presidente Macron, es demasiado autoritario con los buenos republicanos de la clase media nacional y demasiado liberal, a nivel mundial, con los demás competidores posibles del capitalismo mundializado, esencialmente quienes no son liberales occidentales, sino incurables autoritarios más o menos marxistas. El verdadero *demócrata* piensa de hecho que la guerra por la democracia es prioritaria. Y que merece una buena dosis de autoritarismo activo contra los totalitarios de todo tipo. El verdadero demócrata es un militante planetario de la democracia en armas, incluso atómicas. Y, a fin de cuentas, el verdadero demócrata occidental solo tiene esperanza en la firmeza, el capital y los regimientos de Estados Unidos de América.

El segundo grupo es el de los nacionalistas auténticos, que solo confían en Francia y en los franceses, los franceses «de origen», naturalmente. Nada peor, para el nacionalista, que esa masa de falsos franceses llegados sobre todo de África, esa cohorte inasimilable de «migrantes». A él le parece que el «liberalismo autoritario» está justificado, a condición de que sea muy liberal con los franceses de origen, los galos tan nuestros, y muy autoritario con el migrante que cree que puede establecerse en nuestro país sin ser de nuestro país. Para el migrante basta un solo documento oficial, la poderosa OQTF, la Obligación de Abandonar el Territorio Francés, tan temida por mis verdaderos amigos políticos, es decir, los obreros llegados, simplemente para sobrevivir y alimentar a su familia, de África, Asia, Sudamérica y Europa central, como antaño venían de Auvernia, del Mediodía mediterráneo o de Bretaña. Para el nacionalista, el odio al proletario y a su dimensión internacional es al fin y al cabo la principal pasión, que determina su actitud hacia el liberalismo autoritario. Tiende a pensar que la invasión de los no franceses, sobre

todo los musulmanes, es la que nos trajo la pandemia. Podríamos decir que es partidario de un autoritarismo nacional-liberal.

Consideremos ahora al personaje del tercer grupo: el liberal moderno. Su única pasión verdadera es completar la liquidación total de todo lo que tenían de vagamente *marxista* las reformas introducidas durante los años que siguieron a la guerra mundial, entre 1945 y los años sesenta. Estas reformas eran el resultado de una coalición política provisional, forjada durante la Resistencia, entre gaullistas, comunistas y socialistas. El auténtico liberal moderno piensa sobre todo que no hay que conservar nada de las nacionalizaciones, ya sea de Renault, de Air France, de la ferroviaria SNCF, del metro parisino, de la lotería, de los principales bancos, de las minas... Pero el liberal va más allá: también habrá que privatizar las universidades, las *grandes écoles,* los hospitales y una parte del ejército y de la policía. Habrá que procurar disimuladamente (el asunto ya está bastante avanzado) que todos los medios de información de masas, la prensa, la radio, la televisión e internet, estén en manos de sólidas empresas privadas. En el fondo, para el liberal moderno, el liberalismo (económico) significa privatización universal. El autoritarismo (político) significa procurar que ninguna revancha de la economía colectivizada sea posible. La Covid-19 se trató dentro de estos parámetros: el gobierno impuso que la ley de su acción se definiera junto a los grandes laboratorios privados, esos monstruos típicos del capital mundializado, imponiendo así autoritariamente un tratamiento liberal de la pandemia.

Finalmente encontramos al cuarto grupo, constituido por lo que queda del izquierdismo —en el sentido nefasto de ese término que le da el análisis leninista—. Pretende atacar sin piedad tanto al liberalismo como al autoritarismo. Lo hace bajo la forma de concentraciones, ocupaciones de lugares públicos o proclamaciones sin que jamás una sola propuesta positiva, un solo resultado conjunto o una sola idea general llegue a inscribir las «manifestaciones», las peleas y los anuncios de futura victoria en una lógica política afirmativa. Un ejemplo patente: respecto a la pandemia, las protestas izquierdistas pusieron la mira en «el autoritarismo», bien acompañadas por los liberales y los *demócratas* de todo pelaje. En ese registro, flirtearon de buena gana con gente de la extrema derecha nacional-liberal. Es verdad que ese tipo de alianza entre una extrema izquierda, de hecho apolítica y aferrada a la acción directa sin Idea, y una extrema derecha nacionalista, igualmente tentada por el activismo antigubernamental, ya había existido, hace poco, en el movimiento de

los Chalecos Amarillos. No hay que perder nunca de vista esta importante genealogía.

El verdadero objetivo de este libro es, mediante una especie de despeje coyuntural, mostrar que —más allá de las críticas ineficaces al «liberalismo autoritario»— se insinúa la posible y difícil llegada de un nuevo comunismo. Pero para eso debo introducir, en estrecha relación con la coyuntura, algunas categorías sin las cuales es vano hablar de política «revolucionaria» y no digamos ya de política comunista, que es, lo vuelvo a decir, la única política que, una vez renovada, puede pretender ir más allá de una crítica que sigue completamente sometida a lo que pretende criticar.

---

1 El tono altamente irónico del autor se debe a que durante la pandemia surgieron movimientos reaccionarios que culpaban a los migrantes de propagar el virus. El secretario general de Naciones Unidas, en un discurso pronunciado el 8 de mayo de 2020, alertó sobre un «tsunami de odio y xenofobia, chivos expiatorios y alarmismo» desatado por la pandemia. *(N. del E.)*

2. El concepto de orientación

La multiplicidad ineficaz de las tendencias pseudopolíticas y la esterilidad de las *acciones* exclusivamente negativas; lo que Lyotard llamaba, por lo demás con satisfacción, la desaparición de los «grandes relatos», como el marxista de la emancipación de los pueblos; el fiasco de los «Estados socialistas»; la desaparición, en todo caso en Francia, en el parlamentarismo burgués llamado «democracia», de la oposición estructural entre izquierda y derecha; la desaparición del conflicto fundamental relativo a la propiedad pública o privada de los medios de producción y de intercambio: todo esto, mezclado, combinado y machacado por la pandemia y sus efectos económicos, sociales, culturales y familiares, hace que con razón tengamos el sentimiento de un desorden general, de una dispersión de las conciencias, de una incertidumbre general en cuanto al futuro, cercano o lejano. Llamo sintéticamente a todo esto *desorientación*.

Mi seminario de los años 2004-2007, publicado en Fayard en enero de 2022, llevaba por título *S'orienter dans la pensée, s'orienter dans l'existence* [Orientarse en el pensamiento, orientarse en la existencia]. Propone evidentemente un concepto de orientación e indica cuáles pueden ser los distintos tipos de desorientación. El punto crucial es que *una desorientación proviene siempre del fracaso provisional, o ausencia mal explicada, de un procedimiento de verdad*. El punto fijo de lo Verdadero, afirmado como tal, es en efecto el apoyo de toda orientación estratégica en la existencia, tanto privada como pública, de los animales humanos que somos, sea esta orientación practicar las consecuencias de ese punto fijo o sea, al contrario, ignorarlas lo más sistemáticamente posible.

He aquí algunos ejemplos, sacados de lo que he llamado «los cuatro procedimientos de verdad», es decir, la ciencia, el arte, el amor y la política.

En la ciencia, la mutación, en el siglo XVI, de la astronomía y de la física de los cuerpos en movimiento creó un umbral de desorientación

considerable en una sociedad ideológicamente organizada por la visión del universo tal como Aristóteles la describía, descripción santificada por la Iglesia católica, la institución ideológicamente dominante. Que la Tierra sea redonda y no plana, que no sea el centro del universo y que en definitiva el hombre, creado «a imagen de Dios», viva en un subproducto planetario del cosmos, todo esto desorientaba a mucha gente. Brecht escribió sobre esa desorientación, cuyo punto (científico) de verdad era la cosmología galileana, una obra muy hermosa sobre qué representan, en una época determinada, las orientaciones y las desorientaciones en torno a un punto de verdad científica.

En el arte, la revolución introducida a principios de siglo XX tanto en la pintura (abandono de la figuración, de la «copia de la naturaleza») como en la música (la sustitución serial de la tonalidad clásica) también ha desorientado a un público amplio, una parte importante del cual —aferrado como está a las escalas legadas por la tradición occidental y a los retratos que parecen de señoras de la alta sociedad — todavía no se ha recuperado. El punto de verdad artística, alrededor del cual giran la opinión y el juicio, es en este caso el vuelco más allá de la representación y de la tonalidad.

En el amor, como lo muestra el tema de un gran número de novelas, la desorientación se refiere a la relación con el otro tal como la ha constituido el conjunto de un encuentro, una declaración y una decisión de vida compartida, y tal como las peripecias de la vida común y/o un nuevo encuentro la disuelven en uno de los miembros de la pareja. La desorientación tiene como punto de verdad compartir amorosamente el mundo entre un «Yo» y un «Otro».

¿Cuál es el punto de verdad de una desorientación política? Siempre es el descubrimiento del mecanismo que engendra, en una sociedad determinada, un régimen especial de desigualdad, un poder de Estado al servicio de la perpetuación de ese régimen y una ideología dominante que sustenta la necesidad de todo ello. En lo que nos concierne, es la crítica marxista del capitalismo, que se acompaña de una propuesta comunista de reorganización total de los vínculos sociales, la que constituye el punto de verdad de una orientación nueva. Y hoy en día el aparente fracaso histórico de esta verdad es el que desorienta masivamente a las sociedades contemporáneas.

Podemos decirlo de otro modo: el tiempo histórico, si se reduce a la eternidad del Capital, solo puede ser un estancamiento, un tormento desorientado, cuyos síntomas enfermizos serán los que he descrito en

el capítulo precedente: parlamentarismo inepto, liberalismo económico cínico, extremismo racista y fascistizante, e izquierdismo crepuscular abocado a una eterna y vana negación.

La pandemia se consideró erróneamente en su momento como la causa de la desorientación de la opinión pública. No fue sino una consecuencia mal controlada. Nuestro mal se remonta a la contrarrevolución de los años ochenta del siglo pasado, revancha del suplicio que había sido infligido a la burguesía, a lo largo de los años sesenta y setenta, por los momentos relámpago de verdadera política cuando, en nombre de la verdad marxista, jóvenes burgueses/as se unieron activamente a los obreros de las grandes fábricas.

La expresión dominante «liberalismo autoritario» no hace más que nombrar la desorientación y preparar la elección a la presidencia de la República —si evitamos una secuencia de extrema derecha— de alguna figura parlamentaria de recambio, cuando esté desgastada la izquierda-de-derechas encarnada por Macron. En realidad, nuestro único recurso es el regreso de la política comunista, es cierto que todavía poco perceptible. Tal regreso implica que aquella sepa explicar los fracasos, especialmente en Rusia, de su segundo periodo (el leninista) y extraer las lecciones del esbozo de reorientación que propusieron, en los años sesenta, la Gran Revolución cultural proletaria en China y el conjunto complejo de movimientos estudiantiles y obreros de todo el mundo.

Podemos constatar, en la Francia contemporánea entregada a privatizaciones de todo tipo y a dispositivos ideológicos inconsistentes, una postración peligrosa de la enseñanza pública (volveré sobre ello), una sorda hostilidad reactiva a la racionalidad científica, un culto al Yo que alimenta la obsesión de «mis libertades», es decir, el derecho imprescriptible de no hacer nada y de no pensar nada que tome en cuenta la existencia de los demás. Andémonos con cuidado: se trata de factores activos de desorientación, que vuelven aceptable lo peor, a saber, *orientaciones* pura y simplemente criminales. El candidato Éric Zemmour puede proponer hoy en día, como remedio a todos nuestros males, la expulsión de dos millones de mis conciudadanos, especialmente los musulmanes. Hacer de un subgrupo identitario el origen de todos nuestros males, y proponer como remedio la desaparición total de ese subgrupo, es lo que propusieron en los años treinta los nazis. Entonces se trataba, al atacar con violencia a los judíos como causa de todos los males de la nación, de calmar la desorientación de la opinión nacionalista, traumatizada,

particularmente en la Alemania vencida, por los funestos efectos de la guerra de 1914-1918. Ese pánico se veía completado por las consecuencias de la crisis económica de 1929. Y el formidable auge de la verdad política comunista también había sembrado el miedo entre todos los defensores del orden establecido.

En la actualidad, hacer desaparecer a los musulmanes para calmar la opinión desorientada es potencialmente una idea igual de criminal. Que un Zemmour pueda jugar al juego de la *democracia* flirteando con una idea de ese tipo indica el grado de intensidad a la que ha llegado, entre nosotros, la desorientación.

3. Dos ejemplos llamativos de desorientación

Se observa una forma particular de desorientación cuando una acción está tan desprovista de objetivo claro, tan alejada de toda afirmación política con valor universal, que puede reunir grupos cuyas concepciones a primera vista son radicalmente opuestas. Citemos dos acciones de este tipo, sacadas de la coyuntura reciente. Una tiene que ver con la policía, y la otra con el certificado Covid y la vacuna.

Especialmente después del largo despliegue del movimiento de los Chalecos Amarillos, la cuestión de la represión policial ha ocupado en varias ocasiones las portadas de los periódicos. Dicho sea de paso, es propio de los movimientos políticamente confusos, como a menudo lo son los de la pequeña burguesía, núcleo social de los Chalecos, no tener a fin de cuentas nada que proponer aparte de un frente unido contra la brutalidad policial, que en el caso que nos ocupa fue indudablemente real y frecuente. Hay que recordar asimismo que los Chalecos Amarillos autorizaron en sus movilizaciones acciones destructivas inútiles, incluso absurdas, cometidas especialmente por los grupos más o menos armados que, enarbolando la etiqueta de «bloques negros», se colaban en sus manifestaciones sin encontrar la más mínima oposición, incluso con la aprobación («necesitamos la violencia») de ciertos dirigentes del movimiento de los Chalecos. La *política* de los bloques negros tenía como única intención prender fuego a coches, saquear y robar tiendas, destrozar patinetes, aporrear policías aislados y otras prácticas *revolucionarias*.

También debe tenerse en cuenta que muchos Chalecos clamaban que su objetivo era «sacar a Macron de su madriguera» y decirle «cuatro verdades». Algo que no me habría molestado, ya que considero a Macron un lacayo del Capital, si esa gesta imaginaria no hubiera disimulado una inconsistencia absoluta a la que podían apelar tanto brutos fascistoides como ultraizquierdistas sobreexcitados. Inconsistencia que siempre es señal de una desorientación peligrosa, acarreada por la ausencia, en el caso de los Chalecos Amarillos, de

cualquier punto de verdad política con valor universal.
Uno de los resultados de ese conflicto fue un rencor tenaz por parte de los policías, que consideraron que habían pagado el precio de las incoherencias políticas del poder: los habían lanzado al asalto de los rebeldes amarillos, y finalmente una gran parte de la opinión pública los designaba como culpables.
Ese alegato policial era en realidad muy mediocre: las fuerzas especiales de policía, encargadas de romper las manifestaciones populares, no merecen de ninguna manera que nos compadezcamos de ellas. Quien tiene por oficio ejercer la violencia de Estado no puede pretender arrancarle lágrimas a la sociedad civil. Pero el caso tomó un giro sabroso cuando, no hace mucho, una manifestación sindical de policías vio llegar entre sus filas, para apoyar su legitimidad, a sindicalistas *de izquierda,* representantes del Partido Comunista Francés e izquierdistas de marca mayor, al mismo tiempo, claro, que la extrema derecha afirmaba su plena solidaridad con las honradas fuerzas del orden y que los representantes de la cúspide del Estado apoyaban abiertamente esa mezcla…
Podemos tomar este episodio como un síntoma extremo de desorientación política. Al observarla, me acordaba de un poema de Aragon, entonces (antes de la guerra) comunista convencido y, por tanto, sólidamente orientado hacia una visión dura de la lucha de clases, como lo demuestra el siguiente pasaje:

Doblad las farolas como fetos de paja
que bailen un vals los kioscos los bancos las fuentes Wallace
Cargaos a los polis
Camaradas
Cargaos a los polis

Esta exhortación puede recordar a fin de cuentas a la de los izquierdistas. Pero la gran diferencia es que Aragon se dirige a la manifestación entera, a su significado revolucionario aclarado y asumido. Sentimos que la llamada a la destrucción del orden está, en la manifestación obrera comunista, apoyada por una visión sintética del conflicto político, una convicción estructurada y pública, que debe su fuerza al análisis de clase, evocado más adelante:

Proletariado conoce tu fuerza
Conoce tu fuerza y desátala

En efecto, muy al contrario que las presencias anárquicas de *la*

izquierda en las *manis* revanchistas de los policías, la violencia partisana tal como la restituye Aragon —la aprobemos o no— está en todo caso firmemente orientada.

Mi segundo ejemplo de desorientación tiene que ver con las manifestaciones que hubo contra las disposiciones estatales referidas a la pandemia. Especialmente la campaña contra la vacunación y su vínculo con un documento que certificaba que uno estaba vacunado, o que al menos muy recientemente había dado negativo, documento exigible en muchas situaciones colectivas.

Empezaré diciendo que Macron debería haber firmado, lisa y llanamente, la obligación de vacunación. Al fin y al cabo, las obligaciones de este tipo son las que, desde hace muchos años, nos han librado de azotes mortales o invalidantes como la viruela, el cólera, la fiebre tifoidea o la poliomielitis, azotes que las poblaciones de los países dominados y pobres, sin dispositivos de vacunación, especialmente en África, siguen sufriendo mortalmente. Pero Macron persistió en temer —de nuevo la famosa y endeble acusación de «liberalismo *autoritario*»— que un gesto como ese perjudicaría su reelección en 2022. Tomó la ruta retorcida de sancionar el rechazo a la vacunación mediante la obligación del referido documento, que certificaba que uno estaba vacunado, y era indispensable para acceder a numerosos lugares públicos, desde los trenes hasta los teatros y desde los estadios hasta los grandes almacenes. Ese documento se llamó «certificado Covid».

Entonces, una gran coalición dispar, que iba de la derecha extrema a la ultraizquierda, se movilizó con grandes exclamaciones de «¡Libertad, libertad!», unos más motivados por el miedo a la vacuna y otros molestos por necesitar un papel para ir a tomar algo a su bar preferido.

El miedo a la vacuna es una antigualla oscurantista, que llega a sostener que la vacuna, como un brujo medieval, puede convertirlo a uno en otra persona. El hecho de que se prohibiera ir a un lugar público si se estaba infectado por Covid-19 y pudiera contagiar era muestra de simple sentido común: no podemos vivir en sociedad de forma mínimamente razonable si, en nombre de la libertad individual, nos parece *normal* convertirnos en el foco de un contagio amplio con riesgo de muertes.

En ambos casos, la desorientación es manifiesta y delata la ignorancia de principios racionales elementales. El primero, formulado hace tiempo por Descartes, es que la verdadera libertad no consiste en

ningún caso en hacer «lo que queramos», sino en hacer lo que la Razón nos muestra como eficaz y justo al mismo tiempo. El segundo, formulado hace tiempo por los pensadores griegos, es que el Bien verdadero nunca es individual, sino que debe tomar en cuenta la existencia de los demás.

En este sentido, las *manis* de los sábados contra las decisiones del gobierno en materia de vacunas mostraron hasta qué punto el individualismo, acompañado de un sólido menosprecio por la ciencia en particular y la racionalidad en general, difundió por todas partes una desorientación extremadamente peligrosa.

Que estas manifestaciones hayan mezclado, a veces en oscuras trifulcas, a veteranos Chalecos Amarillos, a ultraizquierdistas enardecidos, a militantes llegados de los distintos grupos de la extrema derecha y a individualistas llegados para defender la «libertad» de su interesante persona, solo demuestra una cosa: a falta de una verdad que defender y propagar, ese tipo de reunión variopinta no hace sino aumentar la confusión actual de los políticos de todo signo.

Pero aprovechando la ocasión que siempre ha supuesto, para los revanchistas del petainismo, la desorientación total de sus verdaderos adversarios, el efecto de estos embrollos lleva hoy un nombre: Zemmour. Y, simétrica a la desorientación liberal, esa afirmación fascistizante estuvo en el centro de la campaña electoral de 2022: el viejo cretinismo parlamentario encontró el modo de dejarse corromper por los efectos de la desorientación.

Es el precio a pagar cuando el comunismo, única posición política verdaderamente exterior al estado de cosas sustentado por el Capital planetario, está provisionalmente desorientado. Intentaré decir más adelante el porqué de esa desorientación, y en qué hay que mantenerse firmes, tanto en el pensamiento como en la acción real.

4. La obsesión negativa: de la diferencia radical entre *reivindicación* en el ámbito sindical y *acción de clase* en el ámbito político

Siempre hay que acordarse de que, para Marx y todavía más claramente para Lenin y luego para Mao, *el comunismo no es ni una ideología ni un vago objetivo final, sino un proceso político absolutamente singular, que hay que pensar e impulsar como tal aquí y ahora*.

En particular, la oposición ferviente a medidas gubernamentales particulares no es sino una negación localizada, y al cabo reformista, de la política dominante. Lo vemos claramente porque, en este tipo de situación, exigir satisfacción equivale a admitir, en primer lugar, que el régimen establecido ostenta el monopolio de las decisiones políticas y, en segundo lugar, que realmente lo creemos capaz de concesiones sobre el asunto de que se trate. Llamemos a estas dos características *interioridad* y *dependencia*.

Es capital tener una comprensión dialéctica de la interioridad y de la dependencia: son de hecho modalidades de lo que llamaría la negación débil, a saber, una negación que, por vehemente que sea, al mantenerse separada de toda afirmación universal (como la que remite toda negación local al proceso comunista), acaba por avalar el orden (capitalista) existente como el único posible.

La crisis planetaria del comunismo, desde el fracaso de la Revolución Cultural en China, ha tenido como consecuencia la proliferación, en todo el mundo, de procesos cuya realidad multitudinaria, tenacidad y vehemencia práctica o verbal podían suscitar la admiración, pero de los que hemos podido constatar, una y otra vez, que fracasaban estrepitosamente en la pretensión de cambiar la situación política e, incluso, que en algunos casos límite alumbraban una variante agravada de la dominación reaccionaria.

Estos movimientos han tenido su época dorada en Francia, desde Nuit Debout («Noche en Pie», movimiento contra la Ley del Trabajo) hasta

los sábados contra el certificado Covid, pasando por los Chalecos Amarillos. A decir verdad, comparada con otros movimientos del mismo tipo, pero infinitamente más populares, masivos y tenaces, como los levantamientos antimilitares en Argelia o Egipto, o la obstinación *democrática* y prooccidental de la juventud de Hong Kong, nuestra dinámica nacional palidece. Eso no impide que sea una muestra, como sus variantes árabes o chinas, de la negación débil, es decir *de las dos enfermedades de este tipo de levantamiento, a saber, la interioridad y la dependencia*. Se reclama (negación) el fin de algo sin tener la más mínima idea (afirmación) de cómo sustituirlo y, en esas condiciones, se coloca cualquier decisión de verdad en manos de aquellos contra quienes se lucha (interioridad), de modo que el resultado de la lucha lo decide el adversario (dependencia). O incluso un adversario del mismo tipo que el que se pretendía combatir, pero peor. En Egipto, Al Sisi, que llega al poder en respuesta al movimiento de masas, es un militar políticamente peor que el militar Mubarak del que este movimiento reclamaba a grandes voces la caída. En Argelia, los oficiales lo deciden todo. En Hong Kong, la tutela china se ha reforzado considerablemente. Y en Francia, después de Macron, que mantiene el rumbo, la única *novedad,* que hubiera sido mejor ahorrarse, es el ascenso espectacular de Zemmour.

Una parte del fracaso del estalinismo soviético y de sus émulos, los «partidos comunistas» de todo el mundo, vino del dogma según el cual la afirmación (comunista) surge de la negación (del capitalismo). Es lisa y llanamente inexacto, puesto que entonces la negación se establece bajo la ley afirmativa del orden que se combate. Inevitablemente, el resultado no es en absoluto una sociedad comunista, sino un capitalismo de nuevo cuño —igual que Al Sisi es *nuevo* respecto a Mubarak— de hecho, un capitalismo monopolístico de Estado, del que China, dirigida por un partido *comunista* de adorno, está poniendo a prueba la eficacia en el mercado mundial.

Planteo, pues, que el estado actual de desorientación, en nuestros países, proviene en buena parte de que el axioma neoestaliniano, según el cual la afirmación creadora proviene de la negación combatiente, ha continuado siendo dominante tanto en la mayoría de los movimientos de masas como en los intelectuales que apoyan a dichos movimientos.

Hemos podido ver cómo se manifestaba, a propósito de los Chalecos Amarillos y de lo que siguió, una apología recurrente de la «rabia». Se llegaba a decir que la «rabia» es la partida de nacimiento de una subjetividad política colectiva. Sin embargo, es perfectamente

inexacto: la rabia, al carecer de relación alguna con la racionalidad dialéctica, es el apoyo inevitable de la negación débil, la negación sin afirmación latente, la que finalmente se desanima y pasa el relevo a los charlatanes del poder establecido, a los que Marx llamaba los «apoderados del Capital».

Los tres maestros históricos del pensamiento político comunista han percibido el peligro de desorientación que implicaba un pensamiento cuyo proceso es la negación débil, por muy *rabiosa* que sea.

Marx ha indicado, desde el *Manifiesto comunista,* que el análisis intelectual de lo que llamaba «el conjunto del proceso» debía, en la acción comunista, servir de guía, tranquilo y determinado, de los posicionamientos tácticos en las situaciones particulares, y que en definitiva todo debía poder relacionarse con la principal consigna de la negación comunista en cuanto negación fuerte, a saber, *la abolición de la propiedad privada*. Estábamos, pues, ya, en 1848, muy por delante de aquellos a quienes su «rabia» dicta tal o cual gesto violento o simbólico, inmediatamente inscrito en la interioridad respecto a la situación que pretenden criticar, y en dependencia estricta de sus reglas inmanentes.

Lenin introdujo una *distinción fundamental entre la reivindicación y la acción política*. La reivindicación, que es propia del sindicalismo, o de lo que él llama, en referencia al sindicalismo inglés, «tradeunionismo», exige que ciertas situaciones obreras, intrínsecas a la organización capitalista del trabajo, sean modificadas por los propietarios de los medios de producción afectados. Vemos que, en este caso, la negación débil es la ley misma de la acción, por muy tensa que pueda ser una huelga, a la que los socialdemócratas y los revisionistas de todo signo preferirán siempre la negociación entre la patronal y la burocracia sindical. Lenin opone directamente el militante comunista al sindicado tradeunionista. El primero es el único que actúa políticamente, ya que los «mandamases sindicales» son de hecho cómplices de la negación débil, y, por tanto, del mantenimiento del orden establecido.

Luego vimos a qué amplitud podía llegar, singularmente en Estados Unidos, la complicidad ideológica entre la negación débil de un sindicalismo corrupto y la afirmación fuerte de las leyes del Capital por el aparato de Estado *democrático* y la policía a su servicio: los sindicatos habían acabado por convertirse en una de las principales fuerzas anticomunistas del país.

En fin, no hay que dejarse seducir por las interpretaciones ultraizquierdistas de la consigna atribuida a Mao: «Nos rebelamos con

razón». «Rebelarse», por sí mismo, puede ser perfectamente una muestra de «rabia» y, por tanto, de negación débil, de negación apolítica, que en realidad va a injertarse sobre lo real existente, lo va a parasitar, y va a acabar combinando la interioridad respecto al orden dominante y la dependencia práctica hacia los amos que este orden sustenta. Pero la verdadera consigna de Mao no es esa. Dijo: «Nos rebelamos con razón contra los reaccionarios». Todo descansa, por tanto, sobre el hecho de que la rebelión solo es política si opera «contra los reaccionarios», lo que supone que esos reaccionarios hayan sido identificados, políticamente, a partir de los criterios usados por el pensamiento del comunismo como movimiento real. Esa consigna no ofrecía, pues, ningún apoyo a las acciones anárquicas, agresivas y rabiosas de ciertos grupos de estudiantes en China durante la Revolución Cultural. En ese caso, la rebelión solo era justa si atacaba a los revisionistas de la dirección del Partido Comunista, que orientaban a China hacia un capitalismo de Estado en el que los obreros ya no tendrían el menor poder. Una vez más, se trataba de anteponer el proceso comunista en su antagonismo activo contra todo lo que pretendía, por razones de productividad y finalmente de lucro, ordenar las fábricas chinas según la matriz impuesta a las fábricas capitalistas por el criterio del lucro.

Todo esto nos indica que la desorientación contemporánea —especialmente el carácter abstracto e ineficiente de los movimientos populares *rabiosos,* dada su *interioridad* respecto al orden dominante y su *dependencia* de las decisiones del Estado burgués, dada, por consiguiente, la debilidad de su negación— lejos de ser simplemente una consecuencia de la pandemia, es una etapa del capitalismo mundializado destinada a fijar las nuevas y jugosas leyes del lucro cuando el proceso de la política comunista está provisionalmente sumido en una crisis particularmente severa.

5. Una desorientación singular: el feminismo contemporáneo

Abordaré las dos estrellas del discurso público —especialmente entre la juventud, según se dice—, el feminismo y la ecología, mediante una observación empírica, que, no obstante, hay que tomarse en serio: en el gobierno nombrado por Macron —presidente que es el objetivo de todos los rabiosos de Francia, y que por mi parte encuentro sobre todo insignificante—, hay, sin embargo, bien destacados, un ministerio de las mujeres y otro de la ecología. ¡Es difícil imaginar que Macron pueda sumarles un ministerio de colectivización de los medios de producción e intercambio, otro que persiga la supresión de la herencia a partir de un cierto nivel de fortuna, un tercero que sustituya todas las administraciones estatales por sóviets locales, y pongamos que un cuarto que sustituya a la policía y al ejército por destacamentos populares que enarbolen la bandera roja! En otras palabras, el feminismo y la ecología no dan ningún miedo a los apoderados del Capital que nos gobiernan en la actualidad. Parece que estas configuraciones ideológicas entran en la categoría de las negaciones débiles y son domesticables por el capitalismo y sus apoderados, en cuanto constructos que presentan una combinación, quizá inédita, entre interioridad y dependencia.

Pero veámoslo con más detalle. En este capítulo trataré del feminismo, y en el siguiente de la ecología, o más bien, puesto que es la subjetividad lo que me importa, del ecologismo.

En sus propuestas más bien concebidas y sus prácticas más corrientes, el feminismo contemporáneo —que hay que distinguir radicalmente de sus heroicas predecesoras, de Virginia Woolf a Simone de Beauvoir, incluso de Juana de Arco a Joséphine Baker— se compone de cuatro ingredientes:

• En primer lugar, una denuncia ideológica de las desigualdades entre hombres y mujeres en el ámbito social (empleo, salario, jerarquía

administrativa…).
• En segundo lugar, una denuncia ideológica de dichas desigualdades en el universo familiar (cuidado de los hijos y de la casa, distribución de tiempo libre y tiempo con obligaciones, sistema de apellidos…).
• En tercer lugar, una campaña incesante que pone de manifiesto el número insoportable de asesinatos de mujeres (los «feminicidios») cometidos por hombres, especialmente en el universo conyugal.
• En cuarto lugar, una invitación a la delación de todo lo que, en el ámbito sexual, tiene que ver con la grosería, la utilización de la fuerza, la provocación, el tocar ilícito, la broma agresiva, la mirada concupiscente, la utilización de la superioridad social para obtener favores, el comentario subido de tono, el restregamiento en los autobuses, la invitación a lugares oscuros, la sexualidad ordinaria, etcétera.

Llegados a este punto hay que observar dos cosas. De entrada, la gama de fechorías masculinas dignas de ser denunciadas públicamente y ser puestas en conocimiento de la policía y los jueces es muy amplia, de apariencia muy dispar, pero asumida a fin de cuentas como manifestación de un mismo *principio:* el derecho que se otorga el hombre de dar a conocer y hacer valer su deseo sexual en cualquier encuentro, cohabitación, ocasión social y circunstancia, por muy azarosa y precaria que sea, y sin realmente pedir la opinión de la mujer, que entra entonces, como decía Lacan (sin ver en ello, es verdad, un pecado capital, pero no dejaba de ser un hombre…), en la categoría del «objeto-causa del deseo».
Pasamos de este modo del hecho de decir, con los ojos un poco brillantes, a una compañera de trabajo «Hoy llevas un vestido muy bonito», a una violación a mano armada; o de una rodilla que toca la de una señora en un autobús repleto a un director de tesis que le hace saber a una estudiante que sacaría mejor nota si pasara por la piedra; o incluso de un hombre mayor que pasa el día en la playa mirando, sin que ellas se den cuenta, a las bañistas en bikini a un padrastro que abusa de su hijastra de trece años; o de un silbido cuando pasa una mujer hermosa a un intento enardecido de ponerle la mano bajo la falda. Parece, sin embargo, que todas estas manifestaciones del fatídico deseo masculino no deben tratarse de la misma manera. Ni siquiera es seguro que todas exijan necesariamente que corramos a la comisaría más próxima.
En esta cuestión, y desde el punto de vista de las desorientaciones contemporáneas, me intereso particularmente por tres cosas: la

delación, el papel de las redes sociales y el hecho de que, como decía Rimbaud, en un contexto siniestro como este, «hay que reinventar el amor».

1. *La promoción de la delación,* normalmente considerada desde la escuela primaria como una práctica un poco repelente, existe hoy masivamente y sin ningún control a través de las redes sociales, que son una calamidad pública. Y el asunto se completa con denuncias a la *poli*. Ese tribunal antimasculino improvisado, y hoy en día sistemático, practica, pues, la interioridad, por un lado, respecto al régimen cenagoso de las opiniones, particularmente excitadas y vindicativas cuando se trata de sexualidad, y, por otro lado, respecto al aparato de Estado en su forma más sombría: la presunta alianza entre policías y jueces. Señalo de paso que ninguna mujer que conozca logra reconocerse en la infamia de este tipo de delaciones. Desde luego, si se trata de violaciones o de ataques a mano armada, ese tipo de recurso puede resultar necesario. Sin embargo, en general, no se trata en absoluto de eso, sino, en el peor de los casos, de comentarios lascivos, que estas amigas sancionan menospreciándolos y completando su rechazo si hace falta con un par de bofetadas.
La opinión pública y el Estado represivo son, en este asunto, los verdaderos ejecutores de las consecuencias de la delación. Dicho de otro modo, volvemos a encontrarnos aquí a nuestra vieja democracia, compuesto inestable de opiniones infundadas o irracionales y de burocracia al servicio de los grandes capitales. Es decir, una máquina de desorientar, pero ¿el qué, en este caso? Pues bien, el amor, que hace verdad del sexo y le confiere un esplendor universal, como lo atestiguan desde hace siglos las artes, los poemas, las novelas, el teatro y la música, y como lo cuentan también las mejores canciones. Cuando Brel canta «Ne me quitte pas…», la emoción angustiada del amor trasciende toda negatividad revanchista, delatora o policial. Es esta emoción, y con ella el amor, la que está amenazada por toda una vertiente del feminismo contemporáneo, que pretende llevar la relación hombre-mujer a una sospecha permanente, a la pelea identitaria y al arbitraje final de una opinión enardecida y un tribunal incompetente.

2. *El estallido descontrolado de opiniones* debe recordarnos, no obstante, que, desde Platón, debemos conocer la diferencia entre opinión, por un lado, y conocimiento verdadero, por el otro. Sin embargo, hoy parece como si cualquier declaración escandalosa en una red social

tuviera más peso y realidad que una constatación probada o que una demostración racional. Las redes sociales recuerdan irresistiblemente a la gran aria de la calumnia en la ópera de Rossini *El barbero de Sevilla:* «Calumniad, calumniad, que siempre queda algo». Pero, al fin y al cabo, en un segundo plano volvemos a tener la *democracia,* que sostiene que la verdad política, en un momento dado, puede cuantificarse mediante un número mayoritario de sufragios. Lo que, si reflexionamos un segundo, es totalmente absurdo.

Hoy en día, el feminismo resulta un dato importante de las competiciones electorales, tanto en la proclamación de resultados como para los y las representantes electos y electas. Pero esas cifras no tienen mucho significado. ¿Que una señora inglesa, como Margaret Thatcher, pueda lanzar la contrarrevolución de los años ochenta debe analizarse, en primer lugar, como una victoria feminista? ¿El prolongado ejercicio del poder en Alemania de Angela Merkel es el clímax de las delaciones sexuales acumuladas? La verdad es que nuestra *democracia* es sin lugar a duda indiferente —como debe serlo — al sexo de sus principales actores. Simplemente porque, por muy importante que sea como dato natural de la especie humana, dato que desde luego hay que integrar en una vida social igualitaria, la diferencia sexual entre hombre y mujer, cuando se trata en el marco de una jerarquía de géneros y articula una guerra de sexos, pierde todo significado político aparte del que le concede, especialmente en las redes sociales, la cháchara de las opiniones falaces.

Es dar muestra de desorientación calculada hacer del feminismo contemporáneo una especie de partido político de las mujeres. Una vez logrado el objetivo de que una mujer dirija durante una docena de años la política alemana, y de que un homosexual declarado pueda ser largamente alcalde de París, la cuestión del género delata que, en definitiva, políticamente es una pista falsa, de ahora en adelante provista en Francia de un ministerio de las mujeres para estatalizar dicha pista.

3. *La reinvención del amor* es el verdadero campo en el que tratar contemporáneamente la cuestión hombre-mujer, ya que es en el amor, y solo en él, donde esta cuestión adquiere sentido. Lacan, de nuevo él, es quien nos ha enseñado que es en el amor donde cobra existencia la cuestión sexuada del Otro. Llega a decir que la cuestión del ser del Otro «acabamos abordándola en el encuentro» con aquel o aquella que amaremos. Sin embargo, sobre la cuestión del amor, como sobre la del encuentro —que es el acontecimiento inaugural del amor— el

feminismo contemporáneo no dice estrictamente nada y se limita a mostrar una indiferencia suspicaz respecto a esta relación, quizá alienante, o en cualquier caso arriesgada. Por lo que este feminismo levanta una especie de barricada entre las mujeres y los hombres, digna de la predicción bíblica según la cual «los hombres y las mujeres morirán cada uno por su lado».

En cuanto experimentación del mundo, como la que constituyen dos miradas sexuadas posiblemente distintas, el amor rescata la cuestión sexual de la alienación que le inflige una teoría general de los géneros que paraliza el mundo en una especie de multiplicidad nebulosa insuperable. El amor, solo el amor, inscribe la diferencia identitaria, más allá de la separación, mediante la construcción de un mundo común, aunque experimentado en la diferencia misma. El amor es el porvenir diferenciado de lo común. Es el comunismo mínimo.

6. Desorientación lateral: la religión ecológica

Que los usos y costumbres del Capital mundializado, estrictamente subordinados al beneficio particular, pueden acarrear salvajes destrucciones de bosques, construcciones inmobiliarias incoherentes, acumulaciones de CO_2 en la atmósfera, que es la causa del calentamiento incontrolable, nubes de polvos sospechosos, vertidos de petróleo en las bahías oceánicas, desapariciones de especies animales entrañables y un gran etcétera es indudable.

Pero apliquemos aquí la regla racional que se remonta a Descartes: todo lamento por un fenómeno desagradable es vano y muestra en el mejor de los casos fe religiosa y, en el peor, superstición, si ignoramos la causa real, científicamente establecida, del fenómeno en cuestión. En su tendencia dominante, la ecología no aplica en absoluto esta regla, sencillamente porque no quiere alejarse de los Estados o de las opiniones políticas *moderadas* yendo directo a la raíz del Mal. Esta raíz es en efecto el capitalismo mundializado, prácticamente sustraído a cualquier control y a cualquier represión eficaz, por la simple razón de que articula tanto la textura social de los países como sus Estados, sean estos *democráticos* o, por hablar en la jerga actual, *totalitarios*.

La verdad, muy simple, es que la ecología no será eficaz mientras no se despliegue en un contexto comunista de control de las disposiciones productivas, no por parte de los propietarios de los medios de producción y sus servidores políticos, los Putin, los Macron, los Bolsonaro, los Xi Jinping o los Biden, sino por comités populares situados en los distintos lugares donde se organiza la producción misma, sea agrícola o industrial. Vale decir que cualquier ecología está abocada a reflexionar sobre su impotencia mientras pretenda dirigirse a *todo el mundo,* interesar a *toda la población de nuestro planeta,* y pase el tiempo lloriqueando, entre congresos mundiales y sermones, por la insuficiencia de las acciones emprendidas.

La santita de la ecología, Greta Thunberg, lo ha dicho claramente cuando ha proclamado que no había que hablar de capitalismo,

porque esa palabra «dividía». ¡Bien dicho! Pero todo lo que se supone que *no* «divide», cuando hablamos de las responsabilidades de la industria y de la misteriosa *impotencia* de los Estados, está abocado a no ser más que una variante del espíritu religioso. Y, en efecto, la propaganda ecologista no para de hablar de nuestro planeta como si fuera una especie de divinidad unificada que constata con pena el agravio que le infligimos. Recientemente leí un texto típico, donde se decía que «¡el planeta se dirige a nosotros y se lamenta de sus miserias!». Desde el comienzo de la predicación ecológica, se ha hablado de este famoso planeta bajo el nombre de «Gaia», lo que diviniza la palabra griega que designa a nuestra Tierra. Un congreso ecologista se convierte en esas condiciones en una especie de peregrinación hacia las partes más maltratadas del cuerpo sagrado de la Diosa.

Encontramos ahí un ejemplo interesante de desorientación, que de buen grado llamaría desorientación clerical. En el fondo, un ecologista como los que describimos aquí, aquellos a quienes deja indiferentes la cuestión de la propiedad privada y la orientación comunista, es como una especie de cura (si tiene un rango importante en la secta) o de ermitaño (si ha hecho menos méritos): predica la Causa de la Tierra que se lamenta. Anima a los fieles a hacer el Bien —por ejemplo, a no comer más carne, a perseguir a los cazadores, a circular solo en bicicleta o a producir en su huertecillo espinacas metafísicamente eco —. Participa en los concilios del culto con otros curas y afina la verdadera e inalterable doctrina ecológica. Llegado el caso, si tiene madera, se presenta a las elecciones municipales, o departamentales, regionales, e incluso nacionales, y, por qué no, presidenciales, capaz como es, como lo fueron siempre los creyentes de este tipo, de salir elegido en una lista de derechas, pero también desde luego en una lista de izquierdas. En efecto, el ecologista está al servicio de la Tierra, de la humanidad entera, que desgraciadamente incluye a electores de derechas y a electores de izquierdas, división que el candidato ecologista tiene como misión trascender.

Como ocurre a menudo, esta dedicación universal a causas contrastadas —cuando para el ecologista solo cuenta el lamento de la Tierra— debe superar, al hacer camino, serios obstáculos. Un ejemplo: el punto de partida de la ecología fue la dura lucha contra el uso de la energía nuclear. Yo mismo participé (¡ay, la juventud!) en violentas manifestaciones contra proyectos de centrales. Pero hoy en día, después del fiasco de las fábricas mareomotrices, el poco éxito general

de las eólicas, el peligro representado por las grandes presas, la eliminación del carbón y la contaminación petrolera, ya no sabemos cómo generar electricidad, de la que, sin embargo, no podemos prescindir. Es muy bonito proponer que los coches sean exclusivamente eléctricos, pero ¿de dónde vendrá la energía para cargar miles de millones de baterías, si el agua, el viento y otros atributos de nuestra madre Naturaleza no bastan para ello? La respuesta es, en cierto sentido, evidente, y Macron se atrevió a mencionarla: la salvación puede y debe venir de lo nuclear, de miles de pequeñas centrales poco contaminantes, distribuidas por todas partes.

De lo nuclear como amenaza mortal a lo nuclear como única solución disponible, hemos dado un rodeo de treinta años: apuesto a que el asalto ecológico contra lo nuclear se acabará con la admisión de su necesidad. Nada hace perder más tiempo que las desorientaciones, sea cual sea su origen.

7. La desorientación de la educación

Soy profesor de Filosofía, mi padre era profesor de Matemáticas, mi madre era profesora de Francés, mis cuatro abuelos eran maestros, mi primera esposa era profesora de Matemáticas, mi hijo mayor es profesor de Matemáticas, mi sobrina…, en fin, la cuestión de la educación es parte de mi vida.

Pues bien, me llega de todas partes la sensación de que la enseñanza, de la escuela a la universidad, también está hoy gravemente desorientada.

En este punto voy directo a mi diagnóstico: frente a una *información* omnipresente en las redes de todo tipo, que fomenta una pasividad total, incluso una sólida ignorancia (un aparatito móvil *responde* por mí a las preguntas que me planteo o que me plantean), la administración docente, en particular su dirección estatal, no hace nada que permita enseñar a la juventud, en su totalidad, qué es *pensar*, *conocer* y *argumentar*.

Es evidente que una respuesta a una pregunta, llegada de un aparato exterior, no hace sino transmitir tal o cual estado dominante de las respuestas posibles, sin indicarme de ninguna manera cómo se pasa de la ignorancia al saber. Sin embargo, *el objetivo de una verdadera educación, como mínimo desde Platón, no es en ningún caso coleccionar respuestas externas, sino saber cómo pasamos, personalmente, y con nuestros propios recursos, de la ignorancia al conocimiento*. Para Platón, el pensamiento no es un diccionario, y es justamente por eso por lo que a su héroe, Sócrates, le gusta decir que, en el punto de partida de una pregunta, es importante saber que no sabemos nada. Lo que cuenta es encontrar, apoyándose sobre una enseñanza, sea la que sea, el camino del saber, o, para hablar como el maestro, alcanzar, tras grandes esfuerzos, la Idea que ilumina todo el problema inicialmente planteado.

El teléfono móvil lo sabe todo, y, por tanto, no conoce nada. Hoy en día, la educación debe empezar por desterrar radicalmente ese tipo de

falso saber, compuesto de opiniones incontrolables, y volver con más insistencia que nunca sobre los saberes problemáticos, aquellos que hay que aprender cómo frecuentar y cómo trazar uno mismo en ellos el camino del conocimiento.

Sí, la educación es la Idea conquistada por el pensamiento contra las opiniones dominantes que repiten tanto los aparatos cifrados como los apoderados del Capital y sus mercaderes de papeles y rumores pagados por adelantado.

Una especie de sabiduría había conducido a considerar esenciales, de alguna manera regias, dos disciplinas aparentemente muy distintas: las matemáticas y la literatura. Enseñar, en este caso, era enseñar qué es leer una novela, un ensayo, una tragedia o un poema, o sea, lo único que refleja verdaderamente la sutil infinidad de la existencia humana. Y aprender qué es un razonamiento lógico, el único que permite vencer la dificultad de una situación problemática y obtener una luz intensa a partir de datos que, en el enunciado del problema, son casi opacos.

En ambos casos, el profesor es el guía de un viaje del pensamiento, y esa es la definición ideal de su oficio: mostrar cómo se pasa de la ignorancia al saber, no por acumulación de opiniones circulantes, sino por el descubrimiento de una capacidad personal, disponible en cada uno, capaz de seleccionar, en el torrente crónico de informaciones informes, solo lo que servirá para iluminar el complejo camino al término del cual podemos hablar de una verdad.

También podríamos decir: la educación consiste en proporcionar los medios a todo niño o adolescente, sea cual sea el problema que les plantea la vida, para que lo resuelva inscribiéndolo de manera argumentada en una luz universal.

Pero, en la actualidad, la educación dobla el espinazo, bajo el doble peso de un mundo capitalista, organizado con la única perspectiva del lucro, y de una tecnología portadora de un arsenal infinito de opiniones dispares, que no se preocupa en absoluto de la diferencia entre lo falso y lo verdadero, y todavía menos de la que separa lo universal de lo particular. En estas condiciones, la educación, a pesar de los esfuerzos heroicos de muchos docentes, tiende a ser una especie de guardería provisional al término de la cual se suelta a los jóvenes en el caos de las opiniones y los engaños, con el imperativo de salir del paso mal que bien como única brújula, móvil en mano, en circunstancias cada vez más turbias.

La educación, especialmente la secundaria, que tenía como misión —

al menos en teoría— propagar la cultura de lo universal, y, por tanto, *orientar* a la juventud, a medida que se extendió a toda esta juventud —excelente iniciativa democrática de los años cincuenta del pasado siglo— se vio poco a poco condenada a una especie de versión falsificada de dicha misión. En este sentido, y los verdaderos profesores son los primeros en sufrir por ello, hoy en día la educación, que debía permitir a la totalidad de los niños y los jóvenes orientarse en el pensamiento, parece estar asimismo desorientada.

8. Sobre la palabra *laicismo,* convertida en desorientación educativa e impostura ideológica

Sabemos que el laicismo nació en Francia de una corriente ideológica, dominante entre la burguesía media, que santificaba la racionalidad: una especie de *cientifismo* bastante intransigente, que deseaba expulsar la religión, en este caso cristiana, de cualquier institución pública, y singularmente de las escuelas.

En este asunto, ha habido épocas más rígidas y épocas más tolerantes. En mi infancia, por ejemplo, el programa de estudios en un liceo público se mantenía al margen de cualquier valoración de las religiones, sin entrar en una polémica abierta en su contra. Era en el patio, y lejos de los oídos de los vigilantes, donde yo polemizaba, por mi cuenta y riesgo, con los numerosos compañeros que todavía iban a misa y se preparaban para su comunión solemne. Para aclararles el pensamiento, hacía grandes esfuerzos para garantizar racionalmente la absoluta inexistencia de Dios. Hacia el final de mis estudios secundarios, esa militancia profana formó parte de mi reputación, un poco escandalosa, pero eficaz con las chicas, en general más intoxicadas por el humo de las creencias que los chicos.

En esa misma época, la enseñanza de los principios cristianos recaía, dentro de los edificios oficiales, en curas que los jueves, día de descanso de la educación general, se encargaban, fuera del programa escolar propiamente dicho y solo para voluntarios, de la transmisión del catecismo.

En cambio, el Estado, en cuanto laico, no subvencionaba de ninguna forma las escuelas religiosas. La situación de las familias ante esta cuestión quedaba determinada por tres posibilidades: la escuela republicana sin ningún vínculo con las religiones; la escuela republicana con una catequesis programáticamente exterior, pero materialmente interior, y la escuela religiosa, de carácter privado, que había que pagar en su totalidad.

Como en los años gaullistas —a partir de 1958— las mayorías reaccionarias se sucedieron sin interrupción, el Estado acabó por decidir que iba a subvencionar las escuelas mayoritariamente católicas, que, aunque seguían llamándose «privadas», dejaban de esta manera de serlo. Incluso les resultó imposible a la mayoritaria Unión de la Izquierda, y a la presidencia de Mitterrand, volver sobre este punto, ya que se había convertido en un fetiche sensible del electorado burgués. La viejísima máxima laica «Para la escuela pública, el dinero público; para la escuela privada, el dinero privado» se volvió obsoleta.

Fue, hoy queda claro, el comienzo de una desorientación. ¿Cuál era en definitiva la relación exacta del Estado con las religiones, tal como la articulaba en las escuelas públicas la palabra *laicismo?* ¿Qué significaba exactamente esa palabra?

El momento crucial en que se puso a prueba fue la llegada a Francia, a partir de los años sesenta, de millones de proletarios de origen extranjero debido a la necesidad de renovación del proletariado de las grandes fábricas. La primera oleada, compuesta de portugueses, generalmente más cristianos que los propios burgueses franceses, no supuso demasiado problema. Pero enseguida los candidatos a la explotación en las fábricas, nacidos a menudo en África, fueron casi siempre de religión musulmana, vieja enemiga, desde las Cruzadas, de los colonos cristianos.

Atrapado en ese antiguo conflicto, y en los aspectos arcaicos incontestablemente presentes en la religión de los recién llegados, el laicismo pasó de ser un programa inicialmente neutro (la escuela no se ocupa de la religión) a un arma de combate contra las familias proletarias. Se tomaron medidas exorbitantes y unilaterales, como la prohibición, para las jóvenes, de tal o cual manera de vestir —aunque fueran muy respetuosas con las buenas costumbres— o, peor todavía, la prohibición a las madres de acompañar a su prole en el recinto escolar o en las excursiones, si no iban vestidas a la manera occidental y cristiana. Vimos hasta a jefes de Estado salir totalmente de la neutralidad laica para decir que todo eso era necesario, habida cuenta de los «orígenes cristianos» de nuestra civilización democrática. El islam se convirtió en el enemigo público desde el momento en que algunos fanáticos ultraminoritarios dieron, a la vista de sus horrendos crímenes, versiones tan absurdas de él como si hubiéramos identificado, para siempre y en todas partes, la religión católica únicamente con los torturadores de la Inquisición o con el

antisemitismo del gobierno Pétain.

En estas condiciones, la relación con los proletarios de religión musulmana y sus hijos, marcada ya por un clásico desprecio de clase, se ha teñido, además, de una visión totalmente desorientada de lo que puede y debe ser el laicismo. La educación laica se basa en una estricta neutralidad en materia de religión y en la convicción, compartible por todos, de que los regímenes de verdad en los que se inscribe dicha educación (principalmente, aparte de las técnicas lingüísticas, las ciencias y las artes) pueden y deben ser comunicados, igualitariamente, a los jóvenes de cualquier procedencia y religión.

De ninguna manera ignoro la existencia de fanatismos religiosos, entre los cuales el imperialismo occidental fue el primero en ofrecer en todo el mundo, bajo oropeles cristianos, versiones asesinas, que en el peor de los casos han llegado al exterminio de los «salvajes» o a su conversión forzada, considerada como algo banal. Sé que revanchistas modernos, procedentes de países pobres de nuestro mundo dividido, dan a su vez a las fábulas musulmanas un siniestro color terrorista. Pero el laicismo no tiene ningún sentido si pretende convertirse en la bandera de guerra del Occidente *democrático* y de la *civilización* cristiana contra el presunto terror musulmán. Son los efectos de cruzada de una desorientación total de la neutralidad escolar. Esa incorporación forzada de la palabra *laicismo* a la ideología del momento está al cabo destinada, igual que la palabra *migrantes,* a someter a los proletarios de proveniencia africana o mediooriental. Una vez más, solo ha servido para preparar la entrada a bombo y platillo en el circo electoral de Zemmour y sus seguidores.

9. Las dialécticas de la ideología dominante

El concepto de ideología, y más aún el de ideología dominante —tan activo en Francia hace unos cincuenta años, en tiempos de Louis Althusser y sus discípulos— ha caído manifiestamente, como el conjunto de la construcción marxista activa, en un olvido provisional, justo en el momento en que debería estar de candente actualidad.

En efecto, la desorientación contemporánea se debe en buena parte, en el campo político-social, al aplastante resurgimiento de la ideología burguesa, cuyo núcleo consiste en el individualismo. Ver manifestarse a multitudes de jóvenes, a propósito de la vacuna contra la Covid-19, a gritos de «¡Libertad, libertad!», cuando justamente de lo que se trata es pura y simplemente de ciencia, es decepcionante, pero demuestra, esta vez para la ciencia marxista, la victoria colosal de la ficción individualista y *democrática* que ha conseguido imponer, al menos en Occidente, el capitalismo moderno.

Todavía es más llamativo ver que espíritus tenidos por serios consideran a Macron una figura odiosa del «autoritarismo». Al fin y al cabo, se supone que un jefe de Estado es alguien que toma decisiones… Sin embargo, Macron casi solo toma las que en el contexto actual le parecen necesarias a la clase dominante, y aun lo hace con muchas precauciones, como ya he comentado a propósito de su renuencia a declarar obligatoria la vacuna. Además, que yo sepa no ha impuesto nada sin comparecer, de la forma más *democrática* del mundo, ante la asamblea legislativa válidamente constituida. En este caso, nos será útil un axioma lógico: si con frecuencia el efecto de una máquina es la producción de un objeto mediocre, fallido o contrario a lo que se esperaba de él, hay que responsabilizar a la máquina, que es la que se debe cambiar. Aplicación del axioma: en política, cuando no nos gusta lo que ha decidido el gobierno, hay que buscar la institución culpable en el rito electoral en general antes que en un presidente en particular.

Macron es claramente más hablador que enérgico. ¿De dónde proviene

entonces ese juicio absurdo? Una vez más, de una desorientación de la que la ideología dominante, en cuanto valora al individuo como tal, es al fin y al cabo responsable. A falta de culpar al verdadero adversario, que es el sistema capitalista, sus desigualdades patológicas y su *democracia* falaz, se culpa a una persona, en este caso a Macron, y por la misma razón que hace que, en realidad, uno se tome a sí mismo, en cuanto individuo, por una categoría política de las más respetables, que constantemente debe ejercer las valiosas *libertades* que le son propias. El campo de la reflexión política se convierte entonces en algo parecido a «Yo y Macron», o, de forma más general, mis libertades de un lado y la autoridad del otro, autoridad a la que hay que reclamar o exigir vehementemente que no sea… autoritaria.

La desorientación, inducida por la ideología burguesa del interés privado, reúne entonces dos graves defectos que podríamos creer incompatibles. De un lado, el culto del Yo como única brújula de la orientación política. Del otro, la responsabilidad total de individuos que no son Yo en lo que me parece que son mis desventuras, en particular el simple hecho, odioso, de que mis destacados méritos no sean reconocidos.

Es ahí donde entra en juego la plaga más grave del montaje ideológico que es el identitarismo. Para que funcione el enunciado ideológico central de la democracia burguesa, a saber, «¡Yo soy un buen tipo, pero hay muchos que no valen nada!», tienen que existir categorías colectivas portadoras del Mal. Entonces tendremos el concentrado de lo que llamaré la paradoja de la desorientación burguesa: para que pueda pensar en política a partir de la excelencia de mi personilla, y que vaya, pues, con alegría a votar, aislado en la cabina electoral, es necesario que identifique una categoría de otros que son intrínsecamente detestables y perturban por su sola existencia la garantía individualista que ofrece el aislamiento de la cabina electoral.[2]

Ese fue históricamente en Alemania el papel de los judíos para los nazis, y ese es hoy en día, en muchos países y para diversas corrientes de extrema derecha, el de los migrantes: su identidad negativa implica que les niego categóricamente el derecho de influir sobre lo que me pasa a mí, alemán desde que existe algo como Alemania, o a mí, hereditariamente francés desde Vercingétorix. Lo que acaba por llevar a los «Yo yo yo» identitarios a desear la desaparición total de los otros, identificados deprisa y corriendo como *ajenos a nuestra cultura:* indios, negros, judíos, árabes, asiáticos y muchos más están obligados

democráticamente, por los occidentales *de pura cepa,* a desaparecer.

En definitiva, del grito antivacunas «¡Libertad, libertad!» al voto a Zemmour, el individualismo burgués se apoya en una dialéctica desorientada entre el culto al yo y el odio al otro. Y, como es arriesgado afrontar solo (¡yo yo yo!) a un pseudogrupo compacto (los migrantes o los musulmanes), se crea o recrea una identidad fantasmal a la que pertenecen todos los individuos *verdaderos,* los que en Francia tienen el derecho a decir «yo yo yo»: la categoría de los franceses de pura cepa, de los *verdaderos franceses*.

Así, la desorientación propiciada por la ideología dominante para proteger a nuestros verdaderos amos, es decir, a la gran burguesía capitalista, acaba por revivir la categoría política más vieja y peligrosa, a saber, el nacionalismo, que *protege* el yo al precio de la exaltación colectiva de una identidad tan agresiva como ficticia.

Justamente al *verdadero francés* es al que nuestros amos movilizaron en 1914 para impedir —al precio, solo del lado francés, de un millón y medio de jóvenes muertos— que Alemania participara en el saqueo imperial de África en el que Francia e Inglaterra se habían embarcado. Pero es asimismo a ese fetiche de *Francia* y de los *verdaderos franceses* al que movilizaron en 1940 Pétain y su camarilla antisemita y antisoviética, esta vez para que el ejército alemán los protegiera de la pesadilla que suponía, para la gran burguesía de la que eran representantes, el Frente Popular de 1936 y la novedosa potencia del Partido Comunista.

De este modo, cualquier desorientación manifiesta de la opinión pública como la que observamos en la actualidad acaba por remitirnos a los avatares de la ideología dominante, en cuanto apoya —mal que bien, y en un marco nacional hoy en día demasiado estrecho— el poder económico-político de un grupo dominante cada vez más restringido.

Lo que muestra a las claras que el desorden evidente solo se explica si se considera como efecto del orden del que procede.

---

2 En francés, «cabina electoral» es *isoloir,* del verbo *s'isoler,* «apartarse», literalmente «aislarse».

10. A modo de conclusión

Los desórdenes visibles del mundo contemporáneo expuesto a la pandemia me han llevado a las acciones contemporáneas de la ideología dominante. La desorientación factual se ha explicado cuando hemos tomado en cuenta la orientación invariable de la ideología a partir de la que generalmente se reflexiona sobre los episodios de desorientación evidente. En un mundo alienado, la relación dialéctica va de este modo del orden al desorden.

Podríamos definir el comunismo como el proyecto político que funciona en sentido inverso: revela el secreto de la ideología dominante mediante la comprensión de las desorientaciones factuales capaces de poner en peligro el contenido invariable de aquello a lo que la dominación nos conduce. Por ejemplo, en el caso de la pandemia y sus efectos, partiremos directamente de la constatación siguiente: si bien muchas pequeñas empresas (en la restauración, el pequeño comercio, los espectáculos, el artesanado…) se vieron gravemente afectadas, las grandes y las grandísimas compañías salieron mayormente bien libradas, lo que quiere decir asimismo que las epidemias comparten con las guerras el hecho de acelerar la concentración del capital, ley fundamental de toda la historia del mundo moderno.

Observaremos también que el endeudamiento de los Estados, que salieron al rescate de las pequeñas y las medianas empresas, integrantes de su clientela electoral, ha planteado y planteará seguramente serios problemas, sobre todo el riesgo de una inflación importante, pero será, además, la ocasión de una práctica reformista de gran alcance en las relaciones internacionales y en el abastecimiento de fuentes de energía, como ya lo muestra el regreso de la energía nuclear. Igualmente, bien podríamos asistir a una reorganización de las alianzas, por ejemplo, con la constitución de un bloque económico chino-ruso que desafíe a la hegemonía estadounidense.

Lo que hay que desear ante todo es que la fatiga visible de las instituciones estatales *democráticas* y, en particular, la inercia confirmada de las *izquierdas* occidentales favorezcan, no la llegada al poder de una especie de fascismo reinventado, sino un nuevo punto de partida del comunismo. Este punto de partida tendría que estar directamente conectado con las exigencias de una tercera etapa del proceso comunista, tras el fracaso, ya constatado por Marx y Lenin, de los partidos socialdemócratas parlamentarios (Alemania) y el de los partidos-Estado centralizados (Rusia y China), ya constatado por Mao. Hay que ser o hacerse comunista, con la tarea de ir más allá del comunismo parlamentario y de superar el comunismo de Estado, he aquí lo que la historia contemporánea, incluyendo sobre todo la de los momentos de desorientación, podría y debería enseñarnos.

Información adicional

Un texto que reflexiona sobre la realidad contemporánea, la dificultad de lidiar con la contingencia y complejidad del mundo actual debido a sus continuos e inesperados cambios.
Este ensayo, dice Alain Badiou, se dirige principalmente a todos aquellos que están perplejos –al menos desde el estallido de la pandemia– por el evidente desorden del mundo contemporáneo, su complejidad y sus múltiples dificultades, sus vanas pretensiones, sus anuncios sin consecuencias, sus graves problemas no reconocidos y muchos otros detalles oscuros.
A través de ejemplos detallados –como las polaridades políticas y los movimientos de protesta, el feminismo contemporáneo, la ecología, la educación, el secularismo– y desde su propio compromiso político, el reconocido filósofo ofrece un análisis basado en la observación y la argumentación, partiendo de la idea de que el desorden evidente solo se explica si se lo considera como efecto del orden del que procede.

ALAIN BADIOU (Rabat, 1937) es uno de los filósofos contemporáneos más destacados e influyentes. Es también dramaturgo y novelista, profesor emérito en la Universidad de París VIII y de la École Normale Supérieure. Miembro fundador del Partido Socialista y participante activo del Mayo francés, su lucha política y filosófica se funda en la reinvención de políticas emancipatorias basadas en la autonomía y la igualdad.
Es autor de numerosos libros, entre los que destacan *El ser y el acontecimiento* y *Lógica de los mundos*. Su obra está traducida a varias lenguas.

OTROS TÍTULOS

Roberto Esposito
Inmunidad común

Rodrigo Castro Orellana
Dispositivos neoliberales y resistencias

Hanna Ketterer y Karina Becker
¿Qué falla en la democracia?

Alain Minc
Mi vida con Marx